

# INTEGRACIÓN Y REGIONALIZACIÓN EN LA EUROPA MEDIEVAL

Miguel-Ángel Ladero Quesada  
Universidad Complutense

## LA INTEGRACIÓN COMO REALIDAD Y HORIZONTE HISTÓRICO<sup>1</sup>

Reflexionar sobre la historia de Europa como proceso de integración es una propuesta ambiciosa, rica en posibilidades que abarcan desde el análisis de aspectos concretos hasta los planteamientos filosóficos generales. Este breve comentario inicial sólo pretende mostrar algunas reflexiones personales que han ido surgiendo a partir del ejercicio y la experiencia de la enseñanza de la Historia. Nada original; sólo una muestra de ideas y opiniones abiertas al contraste con otros criterios o con los cambios que podrá experimentar el mío en el futuro. Opiniones, además, ex-puestas con gran esquematismo, sin ninguna apelación a fuentes y refe-

---

<sup>1</sup> El tema de la conferencia expuesta en 1990 trataba sólo de los elementos de regionalización en la historia medieval europea. Me ha parecido oportuno incluir esta introducción, que redacté para otra reunión próxima en el tiempo (*La historia política europea como proceso integrador*, Buenos Aires, Asociación argentina de profesores universitarios de Historia de Europa, 1995) porque en todo momento me planteé el análisis de los dos elementos -integración y regionalización- de manera conjunta.

rencias eruditas: el tiempo es breve y mi intervención llegaría a ser insoportable si sometiera a los oyentes a un esfuerzo de atención demasiado prolongado sin tener presente lo que alguna vez he llamado "tercera ley de la relatividad", que todos los profesores conocemos por experiencia activa y pasiva, cuyo enunciado afirma que el tiempo transcurre veloz para el que habla y lentísimo para los que escuchan.

La misma palabra integración sugiere sus términos correlativos y contrarios. Podemos imaginar un proceso desde lo desintegrado y múltiple hacia lo integrado y unido, mediante la creación y desarrollo de un sistema cada vez más amplio y complejo de civilización que abarque o interese a más y más grupos humanos incorporándolos, entre otras posibilidades, como elementos regionales. Un proceso de expansión en el que se producen mezclas parciales o combinaciones más estrechas entre las partes implicadas, con modificación de éstas. Resulta difícil no aplicar a la comprensión intelectual de tal proceso los conceptos clásicos de evolución y progreso, con sus contrarios de involución y regresión, expresados a través de propuestas de periodificación de la realidad temporal dominadas, tácita o expresamente, por alguna "teoría de etapas" tal como se han venido formulando por pensadores europeos desde el siglo XVI y, en especial, desde la segunda mitad del XVIII.

La integración se produciría, así, en virtud de un fin que se autojustifica, al margen de la valoración que se haga de los contenidos del proceso histórico que lleva a ella. Tal autojustificación se fundamenta en la premisa de que la humanidad es una, por lo que las sociedades humanas deben llegar a vivir en estado de integración para que todos los hombres se reconozcan, valoren y traten unos a otros plenamente como tales.

La realización de este proceso que es, por su propia dinámica, expansivo e intercomunicador, exige una toma de conciencia de lo humano por los propios hombres, cosa que sólo históricamente se viene realizando en lo que se ha denominado como paso de la *hominización* a la *humanización*. Pero esta toma de conciencia nunca ha tenido una vía única, sino múltiples caminos. Ninguna sociedad ha tenido ni tiene su monopolio ni la potestad de desechar o desdeñar lo que otras han hallado u obtenido. Por el contrario, es preciso contar con medios y criterios de valoración para elegir consciente y prudentemente las vías que el proceso ha de seguir, así como las renunciadas y opciones que necesariamente implica.

Un buen medio para lograr tales criterios, aunque no el único, es el conocimiento histórico, por cuanto ayuda a conseguir esa toma de conciencia. Pero este tipo de conocimiento como, en general, todos los conocimientos científicos, es un hecho muy reciente, incompleto, abierto a perfeccionamientos que acaso no podemos imaginar, y es, además, patrimonio de muy pocos. Su capacidad para influir en las decisiones a tomar es escasa. Pero algo es algo: hasta hace muy poco tiempo era nula.

Ahora bien, el o los procesos de integración-expansión vienen dándose en la realidad desde los mismos orígenes de la humanidad. Esto ha producido que, de las dos posibilidades teóricas que tienen para llevarse a cabo, haya predominado una, que ha llevado a las sociedades humanas a la vez a alturas notables y a límites peligrosos, mientras que la otra posibilidad, aunque conocida también, se ha aplicado mucho menos, a menudo subsidiariamente con respecto a la primera, o bien se ha considerado como horizonte más allá de la violencia dialéctica de la Historia. Sin embargo, hemos llegado probablemente a una situación en la que su puesta en práctica es indispensable, aunque las estructuras históricas ya constituídas lo hagan muy difícil, y acaso también algunas invariantes de la misma naturaleza humana. Pero, en otro caso, es de temer que el proceso de integración se detenga o aparezcan situaciones de autodestrucción regresiva.

¿Cuáles son esas dos posibilidades o modelos teóricos de integración-expansión?. Propondré, provisionalmente, sendas denominaciones: vía competitiva y coexistencial, para la primera, y vía unitiva y simbiótica para la segunda.

La primera posibilidad causa, como su nombre indica, una competencia a la vez creativa y destructora. No hay en ella auténtica fusión o hibridación de grupos humanos diversos en su origen sino coexistencia de un modelo de organización social, que es el dotado de mayor capacidad expansiva y voluntad integradora práctica, con otros modelos considerados o bien adversarios y, por lo tanto, peores, o bien tolerados como residuales o como primitivos, o bien tenidos todavía por ajenos y lejanos a las posibilidades de contacto y relación continuas.

La segunda posibilidad, la vía unitiva y simbiótica, exige, ante todo, la cooperación consciente de los grupos humanos implicados para controlar la violencia inevitable en todo proceso de cambio. Produce la convivencia integrada -y no la mera coexistencia- de diversos modelos de organización con unas bases e ideales

comunes dominantes, y abiertos al cambio, es decir, una simbiosis dinámica que implica, a la vez, unión y diversidad. Si el acompañante inevitable de la primera vía es la guerra, el buscado en esta segunda es la pacificación.

La vía competitiva y coexistencial ha sido, y sigue siendo, una realidad histórica a la vez fecunda y dolorosa, ambivalente, contradictoria. Genera división de diversas formas, fundamentalmente dos, bajo diversas coberturas ideológicas en las que a veces se instrumentalizan mensajes religiosos: los enfrentamientos tribales y los nacionalistas, la primera, y, la segunda, las luchas de intereses de clases y grupos. Las guerras, las exclusiones y marginaciones, las destrucciones indiscriminadas, aparecen como estructuralmente inevitables en ella. Pero, a la vez, ha sido el vehículo de realización histórica de progresos e integraciones: ha puesto en relación sociedades y civilizaciones distintas, ha estimulado avances técnicos y dominio del medio natural, ha exigido la formación de sistemas sociales, jurídicos y políticos complejos, capaces de pacificar al menos temporal y parcialmente las relaciones humanas. Y, en fin, ha sido el cauce en el que se han creado y expresado saberes, valores y creencias de validez amplísima, incluso universal.

La vía unitiva y simbiótica ha sido y es un ideal que convive con la situación descrita y la transforma, mejorándola, aunque su verdadero objeto sea sustituirla y abrir paso a ese mundo y ese hombre nuevos y plenos, tantas veces soñados -aun sin conocer sus perfiles y características- y situados en la ucronía de un horizonte metahistórico. Pero, en realidad, incluso a ese horizonte sólo cabe llegar, en la medida de las posibilidades humanas, a través de los caminos que se construyen en la Historia misma, manteniendo la fe en las virtualidades más profundas y creadoras de los hombres, que también actúan a lo largo de este proceso histórico en el que la humanidad, como la creación entera, *gime hasta el presente y sufre con dolores de parto*<sup>2</sup>.

## TIEMPO Y LUGAR

Pasemos ahora de los modelos ideales a las realidades históricamente dadas de las que, en cierto modo, son aquéllos abstracción y quintaesencia. Tiempo y lugar son las dimensiones del trabajo del historiador, pese a su descrédito actual, al

---

<sup>2</sup> San Pablo, Epístola a los Romanos, 8 19.

menos entre muchos estudiosos que parecen preferir una especie de historia atemporal -ni siquiera se fijan en los siglos- flotando sobre un espacio vago e indeterminado. Los riesgos que encierra esta actitud son evidentes: con semejante disposición intelectual es mucho más sencillo sustituir el conocimiento histórico por la teoría dogmática, deshumanizar el proceso histórico, conseguir elevados niveles de imprecisión y tosquedad mental, y perder ese sentido de lo concreto e irrepetible que tiene todo lo histórico, sea cual sea el marco temporal en que se inscriba, desde la vida o acontecimiento personal hasta la estructura de 'larga duración'. Lo que conduce, en definitiva, a perder lo que es más propio de la sensibilidad de un historiador.

Tener en cuenta el tiempo, de manera adecuada, implica periodificar, tarea basada a la vez en la experiencia y en la reflexión, tarea imprescindible tanto para elaborar una secuencia explicativa como para integrar las diversas duraciones -cortas, medias o largas, en la terminología de F. Braudel- en una explicación conjunta. Pero la periodificación se acompaña necesariamente de la determinación del ámbito, según preceptos del buen hacer que ya se definieron en el mundo clásico: *Haec enim quattuor praecipue in historia requirenda sunt: persona, negotium, tempus et locus... Rerum ratio ordinem tempus desiderat, regionum descriptionem*<sup>3</sup>.

Ámbito es un término que no se entiende hoy sólo como lugar concreto de un suceso sino como marco o base geo-histórica de un proceso o realidad que se explica atendiendo tanto a los tiempos "cortos" como a los de media y larga duración. En lo que se refiere al tiempo histórico, hemos de partir del concepto de civilización como marco más amplio de inteligibilidad de la historia humana, puesto que las civilizaciones, entendidas como sistemas, contienen en sí mismas todos los aspectos de una realidad histórico-social en evolución interna, y más allá no hay otra realidad ni, por lo tanto, otra entidad de estudio superior, salvo la humanidad misma pero, a pesar de la evidencia biológica, la idea de unidad humana como ideal histórico a alcanzar mediante la integración es relativamente reciente. De ahí que todas las civilizaciones hayan tendido a entenderse a sí mismas como centro y sede verdadera de lo humano, y a los grupos exteriores a ellas como *bárbaros* merecedores de menor consideración.

---

<sup>3</sup> Cicerón, *De Oratore*, II,15,63.

Para comprender la historia de las civilizaciones, se utiliza con frecuencia la comparación con la vida y las edades de hombre. El empleo de esta especie de metáfora tiene probablemente más inconvenientes que ventajas. Inconvenientes: una civilización no tiene un ciclo vital cerrado. La visión biologista lleva a considerar inevitable lo que no lo es y a desdeñar posibilidades siempre abiertas de cambio, regeneración o transformación. Impulsa a rodear con un halo determinista a conceptos tales como progreso, decadencia, crisis, etc., a no plantear en términos correctos esa realidad, siempre relativa y contingente pero cierta y utilizable, que es la libertad de los hombres en la Historia. Ventajas: cada civilización tiene sus orígenes y en ellos, como en la infancia de la persona, se adoptan muchos modos y estructuras del vivir que continúan o, al menos, pesan sobre el futuro durante siglos y siglos. Además, en esos orígenes se suele rastrear mejor lo que tal civilización hereda o toma de otras. Así, pues, en los orígenes o raíces es posible investigar mejor el "código histórico" de una civilización y muchas de sus estructuras fundamentales, tal como, en cierto modo, se puede conocer a través de su cuerpo el código genético de un individuo, y en su infancia rastrear muchos de los elementos profundos de su psiquismo y de su educación que contribuyen a explicar mejor comportamientos y posibilidades posteriores. En uno y otro caso -el individual bio-psíquico y el colectivo socio-histórico-, esa realidad se investiga con un objeto principal: el de conocer más exactamente cuál es nuestra situación actual y porqué lo es, y el de tener algunos medios mejores de dominio o control sobre lo que proyectamos a partir de ella. Y con otro secundario, el de satisfacer la curiosidad o, dicho en términos más solemnes, el afán de saber que mueve a algunas personas de la especie humana<sup>4</sup>.

Los procesos de expansión-integración se han producido a través de la cadena histórica de coexistencias, influjos, choques y sucesión o sustitución de civilizaciones sobre el planeta, pero no a la vez y en todo él sino en enormes áreas regionales que sólo han comenzado a relacionarse entre sí continua e intensamente en los últimos siglos aunque a veces los contactos más tenues, esporádicos o parciales se remonten a épocas muy antiguas.

---

<sup>4</sup> Una reflexión general sobre las herencias medievales de Europa en mi artículo, "Tinieblas y claridades de la Edad Media", en E. Benito Ruano, coord., *Tópicos y realidades de la Edad Media (I)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2000, pp. 49-90.

Sucede también que, en el estudio de cada civilización, muchos historiadores han privilegiado o generalizado realidades válidas sólo para alguna de sus partes, creando así falsos centros y falsas periferias. Los nacionalismos historiográficos han tenido mucho que ver en esto, al menos en el ámbito europeo, aunque también los diferentes niveles de conocimiento. Sin embargo, es cada vez más inevitable y urgente reflexionar sobre Europa en conjunto, descubrir los principios de identidad de cada ámbito regional, pero también los de unidad e interrelación, al margen de visiones nacionalistas o localistas.

Ahora bien, ¿cómo precisar el concepto de espacio regional?. Debemos partir de Europa como marco general de referencia. Hablaremos, pues, de espacios macro-regionales en Europa, dentro de los que se han de situar las regiones menores más o menos delimitadas a lo largo de la historia medieval<sup>5</sup>. Entenderemos, además, los espacios regionales no como algo fijo por completo sino sujeto a cambio a través del tiempo. El concepto de espacio regional debe ser entendido, en definitiva, en su polisemia -macro-regiones, regiones menores- y en el seno de la dinámica histórica.

Es preciso recordar, ante todo, los criterios con que se describe o clasifica a esos compartimentos del universo humano que son las civilizaciones, para encuadrar mejor lo que después se expondrá sobre Europa. Sin abandonar el Viejo Mundo, y dejando aparte el África subsaharina y las amplias zonas asiáticas dominio milenario de poblaciones nómadas, hallamos al menos tres ámbitos geo-históricos -en un sentido muy amplio- donde han coexistido o se han sucedido diversas civilizaciones sedentarias. Uno está representado por China y su ámbito de influencia, otro por India y el suyo, el tercero por el mundo circum-mediterráneo desde el Asia anterior y los bordes norteños del Sahara hasta la Europa noroccidental. En todos ellos, las civilizaciones respectivas han tendido a efectuar una ocupación cada vez más amplia y profunda del espacio, a lo largo de los siglos, en coincidencia con la complejidad creciente de su propio ser histórico y con la integración de grupos humanos que permanecían ajenos a ellas o en sus márgenes.

---

<sup>5</sup> Algunas aportaciones sobre este asunto en mi artículo, "Las regiones históricas y su articulación política en la Corona de Castilla durante la baja Edad Media", *En la España Medieval* (Madrid, Universidad Complutense), 15 (1992), 213-247.

Fijemos nuestra atención en el ámbito de civilización circum-mediterráneo. Es fácil distinguir muy esquemáticamente tres niveles de civilización que se han sucedido en él y han incorporado, cada uno de ellos, mayor espacio y pueblos más numerosos. El primero, en el fondo oriental del *Mare Nostrum*, está dominado por Egipto y Mesopotamia, entre el cuarto y el primer milenio antes de Cristo. El segundo, que abarca paulatinamente todas las orillas mediterráneas y el conjunto del Asia anterior, por las civilizaciones greco-romana e irania, entre el primer milenio antes de Cristo y los siglos IV a VI de nuestra era. El tercer nivel, según esta somera propuesta de clasificación, corresponde a lo que denominamos civilizaciones medievales: Constantinopla, el Islam clásico y el Occidente o Cristiandad latina. Aunque los tres nacen de la ruina de los imperios antiguos y de las migraciones de pueblos e invasiones que se suceden desde finales del siglo IV, su despliegue en el tiempo no es el mismo ni permanece estable el reparto territorial que incorpora a una u otra o, al menos, a su influencia, todo el ámbito circum-mediterráneo<sup>6</sup>.

Dentro de la historia medieval de Occidente hay que distinguir una larga época altomedieval, entre los siglos VI y X, menos conocida, germinal y, a la vez, conservadora del legado clásico mientras se fragua la mezcla de elementos culturales de origen romano y germano en el crisol de la nueva cristiandad latina. Una plenitud medieval, a continuación, entre los siglos XI y XIV, a cuyas realidades solemos referirnos cuando hablamos de las "raíces medievales", porque en aquellos siglos fue cuando se organizaron y maduraron grandes estructuras de la civilización europea. Y, en fin, un tránsito agitado, catastrófico y creativo, hacia la modernidad, sin paralelo en las otras civilizaciones medievales, que ocurrió en los siglos XIV y XV. Dicho sea todo esto, claro está, en término muy generales y esquemáticos.

En resumen, Europa nace como cristiandad latina u occidental y consigue su espacio geo-histórico estable entre los siglos VI y XII, aunque en algunos aspectos no se alcance hasta el siglo XV e incluso hasta bien entrados los tiempos modernos si consideramos diversos frentes colonizadores, por ejemplo en torno al mar Báltico. Desde entonces, la civilización europea ha tenido durante muchos siglos un papel singularmente intenso en los procesos de integración, aunque nunca deba

---

<sup>6</sup> Un ensayo general sobre esta cuestión y referencias más amplias sobre todos los aspectos que se exponen a continuación, en la introducción y en diversos capítulos de mi libro, *Historia Universal. Edad Media*, Barcelona, Ed. Vicens Vives, 1992 (2ª ed.).



olvidarse lo que comparte en este aspecto con otras civilizaciones, y todavía conserva hoy ese protagonismo como factor imprescindible en la irreversible *planetización* de la historia humana que estamos viviendo.

Pero mi intención ahora consiste sólo en proponer claves explicativas para explicar mejor las realidades macro-regionales que surgieron en la Edad Media europea y que, en muchos aspectos, siguen existiendo hoy. Entre ellas, destacaré las relativas al asentamiento de los diversos pueblos, en sus aspectos político-territoriales, de expansión y colonización, porque de esa manera se consigue establecer una red de referencias, a la vez regionales y de periodificación, que es básica y previa a cualesquier otros tipos de análisis.

## LA ALTA EDAD MEDIA

En los siglos altomedievales se produjo lo principal de las mezclas, fusiones o yuxtaposiciones entre los elementos romano y germano que van a singularizar muchos aspectos de la Edad Media. En aquella época se consumó la ruptura de la antigua unidad mediterránea y se produjo cierta marginalización del Mediterráneo, desde el punto de vista de la naciente civilización occidental, fenómeno acentuado por la expansión islámica y por el coetáneo desplazamiento del 'eje central' europeo hacia el N., desde el siglo VII, en beneficio del espacio comprendido entre el Loira, el Rin y el Mar del Norte y, en especial, de las tierras de la zona entre Rin, Mosela, Mosa y Sena.

Para entender cómo se producen los primeros esbozos de una nueva regionalización del espacio europeo es preciso, sin embargo, partir de una época anterior a la caída del Imperio romano occidental, tanto en el mundo romano como en el germano. En este último, hay que considerar algunos aspectos relativos a las diversas ramas de los pueblos germanos antes de las migraciones porque diversos aspectos de sus leyes, costumbres y organización influirán en peculiaridades regionales de la Europa medieval. Así, la diferenciación de grupos lingüísticos (hablas escandinavas y ósticas / hablas wésticas / grupo del Mar del Norte / grupo del Elba), o las singularidades de sistema jurídico, de mitología y epopeya que muestran el origen común de pueblos luego tan separados como los escandinavos y los godos.

Por otra parte, en el Imperio romano occidental se ha producido durante el siglo V un primer proceso de regionalización y cambios importantes en su anterior

esquema territorial. Hispania actúa con total autonomía, abandonada por las tropas y autoridades romanas. Y más aún Bretaña, dada su condición insular y su lejanía. El poder imperial se concentra en Italia, donde el protagonismo de la ciudad de Roma cede ante la importancia estratégica del eje Milán-Ravena. El *Africa Vetus* se desaja también del poder imperial y reafirma su antigua identidad regional. Y, en fin, las disputas con el Imperio oriental por el control de la prefectura del Ilirico inauguran un periodo plurisecular de inestabilidad en la zona dálmata y balcánica.

Las migraciones y asentamientos germánicos produjeron distintos tipos de mezcla de poblaciones y de reorganización del poder, que fueron la base de diferentes tradiciones históricas regionales. Se pueden distinguir tres o cuatro grandes ámbitos:

En la Europa mediterránea, de predominio latino, se mantendrá durante siglos la ventaja heredada del 'peso histórico' de la civilización romana, pero con matices muy diferentes. Así, en Hispania, la invasión islámica del siglo VIII significó una ruptura fundamental, e incorporó gran parte de la península a otra civilización. En Italia, la entrada de los lombardos en la segunda mitad del VI acabó creando, de hecho, dos zonas: la bizantina actuó como elemento transmisor de cultura clásica durante más o menos tiempo: en el eje Ravena-Roma hasta el siglo VIII, en Sicilia hasta el X, en el S. de la península hasta el XII. En este espacio regional mediterráneo se incluye también la Galia del S., la futura tierra de la Lengua de Oc: en ella será también fácil la recepción del derecho romano en los siglos XII y XIII, con lo que se consolidó su diferencia, como país de *droit écrit*, frente a la Francia del N., tierra de *droit coutumier*.

El segundo ámbito de origen altomedieval está formado por la Francia merovingia y sus márgenes: las tierras al N. del Loira y las de asentamiento burgundio, con tendencia a expandirse hacia el Rin y el alto Danubio. Se ha escrito que en ellas se dio una "mezcla equilibrada", aunque desigual, entre romanismo y germanismo aunque lo más evidente son los avances del segundo de ambos términos: la imposición de una toponimia y antroponimia germánicas, apoyadas por el poder y el prestigio de los invasores, a costa de la galo-romana, y la modificación de la frontera lingüística, que seguiría produciéndose hasta el siglo XIII. En efecto, el uso del latín o de sus incipientes sucesores retrocedió hasta cien kilómetros al S. del Rin en la zona de dominio franco y más aún al E. de Basilea, en el antiguo *limes* del

Danubio, donde los asentamientos de alamanos y bávaros hicieron retroceder a la romanidad lingüística en ocasiones hasta el S. de los Alpes.

El tercer ámbito es la Germania pura, paulatinamente incorporada al ámbito franco y a la cristiandad occidental entre los siglos VI y X: son los territorios habitados por los turingios, los alamanos y los bávaros, estos últimos bajo el mando de los duques agilulfingos. A los que se añaden, ya en tiempos de la Francia carolingia, los países de los frisones y los sajones. Gran parte de aquellas tierras fueron base de los ducados de la *Francia oriental* postcarolingia, y, por lo tanto, de la Alemania medieval: Sajonia, Baviera, Suabia, Franconia, Lorena.

Además, la disgregación del imperio carolingio en la segunda mitad del siglo IX produjo la aparición de una línea o franja inter-regional muy duradera en la historia europea, debido a la creación de la Lotaringia, que comprendía las dos Lorenas, alta y baja, Borgoña, Provenza y la Italia del Po. Aquellas tierras fueron, desde entonces, un fundamental eje económico y de comunicaciones entre el 'polo' italiano y los renanos y flamencos. Y fueron, además, una línea de fractura entre las futuras Francia y Alemania, objeto de muchos intentos de dominación o partición, desde la de Lorena en el tratado de Mersen (870), pasando por la incorporación de Provenza al reino de Francia en el XIII, hasta la disolución del cúmulo de poderes y territorios sujetos al duque de Borgoña, Carlos 'el temerario', en el último cuarto del siglo XV, y su difícil herencia, que dejaba a un lado de la línea Flandes y otros territorios imperiales, entre ellos el Franco Condado, y al otro la Borgoña ducal francesa.

El nacimiento de Inglaterra como consecuencia de los asentamientos de anglos, sajones y jutos en Bretaña fue otro gran fenómeno de regionalización en los primeros tiempos medievales. Incluso en la propia isla, donde los reinos formados en los siglos VII y VIII introdujeron ámbitos regionales menores (Northumbria, Mercia, Wessex). Por otra parte, las emigraciones y resistencias de los bretones dieron forma un mapa de asentamientos célticos relativamente nuevo: la península armoricana se transformó en Bretaña, otros bretones de la isla se concentraron en el futuro País de Gales. Los scotos, pobladores de Irlanda, siguieron siendo el reducto principal del celtismo, incorporado a la cristiandad romana antes que Inglaterra. Sobre aquellas bases emergería paulatinamente un ámbito del Mar del Norte, desde el siglo VII hasta el XI, dominado por las actividades misioneras de

los irlandeses, y por las comerciales, piráticas y marítimas iniciadas por los frisones y anglosajones y continuadas, desde otros puntos de partida y a mucha mayor escala, por los vikingos escandinavos.

En conclusión, las "partes de Europa" tienen un origen altomedieval, y como tales se las reconoció en el futuro, con la denominación genérica de "naciones", por ejemplo en el concilio universal de Constanza (1415): Alemania, Francia, Italia, España, Inglaterra ... con sus correspondientes ámbitos de influencia. Pero aún habían de perfilarse muchos aspectos hasta llegar a la situación del siglo XV. Hemos de distinguir otras dos épocas, en líneas generales: una, de consolidación y expansión del espacio europeo, entre los siglos X y XIII. Otra, en la Edad Media tardía, cuando se definen mejor algunas fronteras como criterio regionalizador y, a menudo, político.

## **EXPANSIÓN Y CONSOLIDACIÓN. SIGLOS X-XIII**

Entre los aspectos generales a tener en cuenta para componer marcos de regionalización destaca, en primer lugar, el demográfico puesto que en aquellos siglos, una vez concluidas las invasiones y movimientos de pueblos que habían caracterizado a la alta Edad Media, la población europea experimentó un fuerte aumento - tal vez pasó de los 42 a los 73 millones entre los años 1000 y 1300, en todo el continente-, aunque muy desigual, según las regiones, pues frente a un espacio mediterráneo de crecimiento algo más precoz, y otro noroccidental que crece más intensamente desde el siglo XI, la Europa central permanece en niveles de población muy bajos.

También interesa considerar los criterios de reparto político, que permiten dibujar tres grandes bandas o sectores de O. a E.: los reinos occidentales (en los ámbitos de Gran Bretaña, Francia y España), en primer término, el Imperio en segundo (Alemania, Borgoña, Italia y sus vecinos escandinavos y bálticos), y, por último, una Europa centro-oriental que integra a Polonia y Lituania, Bohemia, Hungría y Croacia.

La aplicación de criterios de distinción entre centros y periferias puede ser más problemática o discutible a la hora de distinguir varias "Europas". Por ejemplo, considerar que las instituciones feudo-vasalláticas se expanden desde el núcleo post-carolingio a las otras regiones europeas tropieza con la evidencia de la varia-

bilidad de tales instituciones según tiempos, lugares y formas de integración en el conjunto de las relaciones sociales y de poder. Otro ejemplo: definir la formación de centros de mercado capitalistas -Venecia, acaso Brujas, Génova- y la dependencia con respecto a ellos de periferias diversas presenta el inconveniente de que esa supuesta centralidad no afectaba a la mayor parte de un sistema económico que no era capitalista ni se integraba aún en una 'economía-mundo'.

\*\*\* \*\*

Una vez hechas estas observaciones generales, pasaremos a considerar nuestro objeto de estudio a partir de tres posibilidades que se dieron efectivamente en aquellos siglos: *integración, expansión, singularización interna.*

### **Integración**

Hubo todavía, sobre todo en el siglo X, integración de nuevos territorios y pueblos en el espacio europeo. Así sucede con los tres reinos escandinavos, que toman forma después de la "edad vikinga": Dinamarca, Noruega y Suecia. Se dio en ellos un proceso de cristianización y consolidación monárquica desde mediados del siglo X. Hubo, además, una fuerte relación entre Dinamarca e Inglaterra en el siglo X y primera mitad del XI, que culmina con la formación del "imperio" de Knut el Grande (1016-1035). Pero, al cabo, lo que predominó fue la influencia alemana, tanto en el plano de los modelos de organización política como en los de las relaciones eclesiásticas, mercantiles e incluso colonizadoras. Así, los reinos escandinavos pasaron entre los siglos XII y XIV de la primitiva organización social germánica a la feudal y se integraron en la cristiandad latina reorganizada tras la "reforma gregoriana", aunque según ritmos distintos: más pronto en Dinamarca, que incluía entonces Scania, algo más tarde en Noruega, y más todavía en Suecia, donde el proceso llega a su madurez bajo el rey Valdemar (1250-1274).

Igualmente hubo integración de los territorios y las poblaciones de eslavos occidentales (polacos y checos) y húngaros con su inmediata vecindad balcánica. Aun-que la sedentarización plena y la integración se produce desde mediados del siglo X, hay que considerar los precedentes del siglo IX en la zona danubiana y borde suroriental del Imperio Carolingio, en las tierras de Croacia, Carintia, Moravia y Bohemia; en algunas de aquellas tierras se desarrolló la misión de Cirilo y

Metodio, entre 863 y 867, que fue decisiva para la cristianización de los eslavos del S., aunque los países que ahora consideramos acabaran integrándose en la cristianidad latina y no en la ortodoxa griega. La Gran Moravia, en el último tercio del siglo IX, fue la primera formación política eslava estable en la zona danubiana, aunque efímera, y Croacia se vinculó a la obediencia de Roma ya a mediados del siglo X.

Las realizaciones estables ocurrieron en aquel siglo. Los húngaros fueron el último pueblo nómada en invadir y ocupar la antigua Panonia. Sedentarizados y cristianizados bajo influjo alemán y pontificio, su rey Esteban (997-1038) hizo *traditio* o entrega simbólica del reino al papa. En el ducado de Bohemia, había comenzado la cristianización en época de Venceslao, cuya muerte como mártir (925) le convertiría en símbolo y patrón del país: la relación política con el imperio alemán comenzó ya en época de su hermano, el duque Boleslao (m. 967). En Polonia, las bases de partida fueron obra del rey Mieszko I (962-992), que se bautizó en el año 966, hizo *traditio* de su reino a Roma y consiguió para él plena autonomía eclesiástica. Boleslao I (m. 1025) plantearía una primera política de relación con el Imperio de Otón III de cuyos límites, en el Elba, le separaba aún un territorio poblado por eslavos paganos.

## Expansión

Los fenómenos de expansión o de recuperación territorial fueron propios también de los siglos centrales de la Edad Media. Consideremos, primero, la presencia de "los alemanes en Europa central y oriental" (Ch. Higounet) como gran proceso de expansión, conquista e integración ocurrido en los siglos XII al XIV. Sus precedentes se hallan en las *marcas* fronterizas de época otoniana entre el Elba y el Oder y en el Danubio medio. Su desarrollo es paralelo a los grandes procesos de colonización interior que ocurrieron en Alemania occidental. Sus resultados fueron la creación de nuevos espacios de colonización o emigración alemana.

El primero de ellos fueron las tierras situadas entre el Elba y el Oder, donde las poblaciones eslavas paganas fueron eliminadas o integradas: Holstein y Mecklenburgo (Lübeck), Brandenburgo (Berlín) y, más allá del Oder, Pomerania (Stettin) se incorporaron al espacio alemán. En segundo término, más allá del Vístula, en la primera mitad del siglo XIII, la presencia de colonos alemanes alcanzó y transformó Letonia y Livonia (Riga), así como Prusia, conquistada en parte por las Órdenes Militares. Un tercer ámbito de expansión fue la Marca del Este, origen de

Austria, donde Viena creció en los siglos XII y XIII y que permitió también la colonización de los Alpes orientales.

En otras regiones, la influencia alemana se ejerció a través de los colonos, que contribuían al renacimiento de las ciudades y a la promoción de la economía agraria y, en ocasiones, de la minería. Así ocurrió en Bohemia y Moravia, especialmente en los Sudetes, en Silesia, dentro del reino polaco, donde la presencia alemana fue muy intensa, y en el resto de Polonia. E igualmente en algunas zonas periféricas de Hungría, desde la que colonos, caballeros y mineros se extendieron hasta Moldavia y Transilvania, ya en la segunda mitad del siglo XIV.

Los efectos de aquellas corrientes colonizadoras fueron intensos tanto sobre el poblamiento y los paisajes rurales como sobre la fundación o renovación de ciudades, a las que se dota de un derecho municipal alemán. En suma, un vasto proceso de mezcla, influencia de civilización occidental, "mutación etnológica" fundamental para comprender la historia centroeuropea.

El otro gran fenómeno europeo de expansión en aquellos siglos, entendido esta vez como recuperación, restauración o reconquista del territorio perdido frente al Islam, fue la construcción de la España cristiana y sus reinos. En su transcurso se produjo la constitución inicial de las áreas regionales peninsulares. Al margen de las divisiones políticas, hemos de distinguir tres zonas básicas: primero, las tierras de dominio cristiano incorporadas entre el siglo VIII y mediados del XI, caracterizadas por una mayor compartimentación y singularización, e incluso consideradas con cierto criterio de superioridad -es el norte conquistador-, desde Galicia y Asturias-León, pasando por Castilla Vieja, Álava y Vizcaya, hasta Pamplona, Aragón y la Cataluña Vieja. La segunda zona está formada por las tierras conquistadas o incorporadas entre el último cuarto del siglo XI y el primero del XIII: las portuguesas entre Mondego y Alentejo, las *extremaduras* leonesa y castellana, el reino de Toledo y algunos de sus márgenes, el valle del Ebro y el macizo de Teruel, la Cataluña nueva. La zona tercera corresponde a las conquistas efectuadas en el segundo y tercer cuarto del siglo XIII: el sur de Portugal con el Algarve, gran parte de la actual Extremadura y de la cuenca castellana del Guadiana, Andalucía del Guadalquivir, Murcia, Valencia, Baleares. A esta última zona se integrarían a lo largo del XV Granada y, con las peculiaridades propias del caso, los archipiélagos del Atlántico medio (Madeira, Canarias, Azores).

Esta distribución zonal presenta claras ventajas sobre la tradicional, por cuencas hidrográficas, porque permite un análisis de los procesos colonizadores o 're pobladores' en sus propios contextos temporales y espaciales. Por lo demás, no es del caso detenerse ahora en ellos salvo para indicar que produjeron la renovación, a menudo total, de poblaciones y formas de organización del espacio, y, cuando se efectuaron directamente contra Al Andalus, de sistema de civilización, incluso en aquellas zonas -valle del Ebro, Valencia- donde la permanencia de población musulmana fue notablemente mayor. Otra consecuencia de aquellos procesos fue que los reinos de la España medieval, cuyas fronteras se delimitaron entonces, crecieron siendo pluri-regionales y a menudo, además, compartieron ámbitos regionales, entendiendo aquí la palabra región en su sentido menor, distinto del macro-regional que empleamos con carácter general en estas páginas, y que aquí sólo cabría referir a España misma como conjunto geo-histórico.

### **Singularización**

Desde luego, la singularización de espacios regionales "menores" era un fenómeno común a la época, tanto en las tierras nuevas como en las antiguas, y facilitaba la aparición de un paisaje regional cada vez más rico y matizado en el seno de las grandes unidades que venimos considerando. No es posible tratar aquí todos los casos puesto que, además, la gran mayoría de las diversificaciones regionales ocurrieron o se consolidaron en aquella época. Me limitaré a proponer algunos ejemplos.

En Francia, los "principados" del siglo X perfilan, de una u otra forma, espacios regionales: Aquitania, Normandía, Champagne, Borgoña ... Y, en la segunda mitad del XII, dejan su huella las combinaciones feudales, sobre todo las protagonizadas por los Plantagenêt en el O. (Normandía, Anjou, Aquitania), y las que ocurren en el S. -en torno a las casas de Barcelona y Toulouse- hasta la incorporación del Languedoc en la primera mitad del XIII, que se completa con la integración por vía matrimonial de Provenza y, a mediados del XIV, del Delfinado, los dos en el ámbito de dominio imperial... el camino hacia el "Hexágono" se recorría a base de incorporaciones regionales.

En Alemania, el "principado territorial" del siglo X fue también la primera estructura política y regional, pero comenzó a fragmentarse en espacios menores



desde la segunda mitad del XI, e incluso antes: Lorena quedó dividida en dos, Alta y Baja, Franconia fue partida en varios condados desde comienzos del XI. En la segunda mitad del XII, Federico I añadió ducados -Austria, Estiria, Carintia, Brabante en la antigua Baja Lorena- y marcas -Lusacia, Misnia, Brandenburgo-, e incorporó plenamente Bohemia al ámbito imperial.

A los nombres citados hay que añadir los de otros principados -Turingia-, condados palatinos -Lorena, Rin-, grandes señoríos episcopales -Colonia, Tréveris, Maguncia-, y otros espacios políticos surgidos ya en la Edad Media tardía -condado de Württemberg, landgraviato de Hesse, margraviato de Baden, principado de Sajonia-Wittemberg-, más el peso creciente de las ciudades imperiales y libres desde el último tercio del siglo XIII y de sus uniones o ligas, mixtas a veces con poderes rurales, como fue el caso en el nacimiento de Suiza. Así, dentro de la entidad histórica alemana hubo gran diversidad de matices regionales, muchos de ellos debidos a esta fragmentación política, que no fue compensada por un poder imperial-estatal efectivo, al contrario de lo que sucedió en las monarquías occidentales, lo que no impidió, sin embargo, el crecimiento de una conciencia común alemana en los últimos siglos medievales.

## **APORTACIONES BAJOMEDIEVALES**

Fue, sin duda, en las monarquías occidentales donde la mejor definición de fronteras a fines del medievo contribuyó a su consolidación como entidades políticas, aunque manteniendo elementos de regionalización, tanto en el interior como de cara al exterior. Inglaterra contaba con la ventaja de la insularidad y con la tradición política de descripción del reino, a partir del *Domesday Book* -finales del XI- y de las grandes encuestas de Eduardo I en el último cuarto del siglo XIII, pero frente a la visión unitaria se alzaba la existencia de las zonas de frontera y, más allá, de territorios diferentes, incorporados o no a la unión: Irlanda, Gales, Escocia.

Los reyes franceses, entre Felipe IV y Luis XI, mantuvieron un claro empeño integrador en torno a la monarquía: los *apanages* cedidos a hermanos del rey revertían a la corona si se extinguía la línea sucesoria masculina. Paulatinamente, se integraban en el patrimonio real grandes señoríos, y se intensificaba el sentimiento monárquico-nacional durante las guerras contra Inglaterra. La recuperación de Guyena a mediados del siglo XV y la integración del ducado de Bretaña en 1488

fueron los últimos episodios medievales. Uno de los mayores obstáculos que encontró entonces la política regia fue la consolidación de un conglomerado de señoríos y dominios en manos de los condes de Flandes y duques de Borgoña, que se extendía, en parte, sobre tierras de la antigua Lotaringia: la derrota y muerte del duque Carlos "el temerario" en 1477 truncó su proyecto y fragmentó su herencia, pero no conllevó el fin de una situación territorial que continuaría en los siglos siguientes.

La idea de España como realidad histórico-cultural, iniciada por el "neogotismo" de la realeza astur-leonesa altomedieval y madurada en las concepciones imperiales de Alfonso VI y Alfonso VII llegó a un nuevo nivel de madurez y expresión a partir de Alfonso X y se mantuvo y desarrolló en la baja Edad Media, con centro en la historiografía castellana e irradiando hacia la de los otros reinos. Tuvo, al cabo, consecuencias decisivas en los procesos de unión dinástica y política ocurridos desde finales del XV. Fue Nebrija quien atribuyó a Fernando el Católico la intención de completar políticamente o cerrar España, al integrar a Navarra en sus dominios. Pero, en los siglos medievales, la idea y el reconocimiento de España era compatible con la existencia en ella de ámbitos de poder independientes: los reinos fijan sus fronteras durante el proceso reconquistador, y el proceso culmina entre el segundo tercio del siglo XIII y los primeros años del XIV, con consecuencias bastante diversas, también, sobre su propia organización interior, como se observa comparando los casos de Portugal, la corona de Castilla y la de Aragón<sup>7</sup>.

También en Italia, pese a la fuerte fragmentación política, hubo a fines de la Edad Media, procesos de remodelación regional interna y una toma de conciencia de la especificidad de lo italiano común frente a los "bárbaros" extranjeros. El punto de partida era la realidad, o el recuerdo, de las grandes unidades anteriores: el reino de Italia, de origen lombardo, y la singularización en su seno de diversos ámbitos políticos, como el ducado de Toscana, o los resultantes del proceso de emancipan-

---

<sup>7</sup> Con motivo de la conmemoración del tratado de Alcañices (1297), que fijó la frontera entre Portugal y la corona de Castilla y León, hubo diversas aportaciones sobre estos asuntos. V. mis estudios, "La formación de la frontera de Portugal en los siglos XII y XIII y el tratado de Alcañices (1297)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCIV, III (1997), 435-457, y, "Reconquista y definiciones de frontera", *Revista da Faculdade de Letras-História*, Universidade do Porto, II Serie, XV (1998), 655-691.

ción política de las ciudades desde fines del XI; el Patrimonio de San Pedro, en torno al eje Roma-Ravena de origen bizantino, la Italia del S., con sus elementos lombardos -Spoleto, Benevento- y, en especial, con la configuración heredada de la época bizantina y normanda e incluso, en el caso siciliano, de la musulmana. En el siglo XV, las unidades regionales y comarcales menores se integran en torno a centros políticos principales: Venecia, Milán, Florencia, Roma, Nápoles.

Incluso en Escandinavia hubo un intento de configuración política regional común, sólo en parte conseguido, mediante la Unión de Kalmar (1397-1434): un solo rey para los tres reinos, hasta que, en 1434, Suecia volvió a tener el suyo propio. Mientras tanto, en el espacio centroeuropeo, muy poco poblado en su mayor parte, predominaba la inestabilidad política, pero dentro de grandes unidades regionales estables. Al destrozado causado por las incursiones de los mongoles en el segundo tercio del XIII había sucedido un siglo XIV más calmado, en el que incluso grandes espacios centroeuropeos -por ejemplo el polaco- parece que no sufrieron los efectos de las epidemias de "peste negra". Después, se precisó cada vez más, la amenaza de expansión turca otomana en el ámbito suroriental. Los intentos de unión dinástica de diverso alcance habían sido siempre frágiles, desde la época de Venceslao IV de Bohemia (1283-1305), pero en la Polonia de los doce ducados -cuyos titulares tenían lo principal del poder-, cuajó la unión con Lituania desde 1387, por obra de Ladislao Jagellón: el resultado era un reino unido de territorio inmenso y muy débil nivel de población. En el ámbito de Bohemia, lo más importante es su consolidación como reino, formalmente en el seno del Imperio pero con un componente ideológico nacional muy fuerte que, en algunos aspectos, se observa también en el movimiento o revuelta religiosa husita. Y, en lo que se refiere a Hungría, su singularización política se completa con proyecciones territoriales a veces nuevas, como son la mayor integración y dominio de Croacia, o la influencia sobre la formación política de los principados rumanos en el siglo XIV, primero en Valaquia (Transilvania húngara) y, después, en Moldavia.

## REFLEXIONES FINALES

Los siglos medievales fueron época de configuración de casi todos los espacios regionales en Occidente. Algo menos en la Europa central y en los márgenes nórdicos donde, por ejemplo, las empresas de colonización continuaron en Suecia hasta el siglo XVII. Para entender mejor aquellos procesos históricos, conviene

siempre distinguir entre varios niveles: uno general, la existencia de una cristianidad latina en maduración en la que expresan a la vez muchos de los elementos comunes de la civilización medieval, entre ellos su espacio geo-histórico. El segundo nivel son las grandes unidades regionales, que están configuradas o, al menos "imaginadas" a comienzos del siglo XI y tienen su expresión efectiva en conjuntos de reinos y poderes -rara vez un solo reino- dentro de cada ámbito. En cada una de estas grandes unidades se configuran elementos regionales interiores a través de la evolución política y de las actividades colonizadoras, según hemos observado al considerar diversos ejemplos de expansión y singularización en los siglos X al XIV. Por último, durante la baja edad media hay tendencia, en muchos casos, hacia cristalizaciones más precisas de sentimientos que podemos llamar nacionales, aunque sin la carga política principal que han tenido otros en tiempos mucho más recientes.

Deberíamos tener en cuenta, también, otros elementos o principios de regionalización, combinándolos con los de carácter territorial-político, aunque no dan lugar a los mismos espacios regionales, porque los mismos territorios y poblaciones pueden formar parte, a la vez, de distintas redes de integración regional o inter-regional.

Pensemos, por ejemplo, en las propuestas de clasificación que se han hecho a partir de los tipos de paisajes agrarios constituídos en aquellos siglos: una Europa occidental dividida entre países de campos abiertos y países de *bocage*, propios de las orillas e islas atlánticas; una Europa mediterránea que, desde este punto de vista, tiene sus propias peculiaridades regionales. Pensemos, también, en los diversos niveles de urbanización alcanzados entre los siglos XI y XV, y en las áreas de influencia de las ciudades, para perfilar diferencias entre las regiones urbanizadas - en especial la zona renano-flamenca y la Italia del N.- y las menos urbanizadas.

Los ámbitos de la actividad mercantil creaban sus propios espacios regionales. La conquista del Mediterráneo y sus rutas desde el siglo XI, protagonizada por las repúblicas marítimas italianas -Venecia, Génova, Pisa, Amalfi- y, desde el XIII, también por Cataluña, creó sus redes mercantiles y sus intereses políticos contrapuestos en un escenario común. Mientras tanto, llegaba a su madurez el ámbito mercantil flamenco-frisón-renano, a partir de sus orígenes altomedievales, y se producía un enlace entre él y el mediterráneo fundamental para la historia europea.

Primero por vía terrestre, lo que contribuyó a singularizar más algunas regiones situadas en el camino: Champagne, en los siglos XII y XIII, las ciudades de Alemania del S. en el XV. Después, desde finales del XIII, por vía marítima también, a través del Estrecho de Gibraltar, lo que tuvo una importancia singular para algunas áreas, como fueron las fachadas marítimas de la Corona de Castilla (la vasco-cántabra, que se abrió al comercio marítimo desde la segunda mitad del XII; la andaluza un siglo después), Inglaterra, que vincularía al comercio exterior buena parte de su revolución artesanal y mercantil, y Flandes mismo, donde Brujas se convirtió en capital del comercio europeo. La formación de un tercer ámbito vino a completar este panorama de espacios mercantiles regionales: me refiero a la Hansa alemana, dueña de las rutas del Báltico, muy presente en las del Mar del Norte y en Renania, a través de los mercaderes de muchas ciudades alemanas asociados en ella -Hamburgo, Lübeck, Colonia...- y de sus establecimientos en Visby, Novgorod, Bergen, Brujas o Londres.

Es interesante recordar también diversos aspectos que tendían a configurar una geografía cultural. Las diversas lenguas europeas, por ejemplo, maduran casi todas a lo largo del medievo pero hay que preguntarse hasta qué punto es la lengua un elemento primordial en la definición de espacios regionales en aquellos tiempos. Hay también una geografía de los estilos y corrientes artísticas, que introducen elementos comunes o próximos en ámbitos muy heterogéneos a partir del románico, llamado con razón "primer arte europeo" pero permiten, al mismo tiempo, regionalizar muchas de sus manifestaciones, sobre todo en arquitectura, combinándolas con fenómenos de colonización y poblamiento.

Las Escuelas y Universidades de los siglos XII y XIII permitieron la aparición de una primera "Europa de los intelectuales", en torno a centros paneuropeos como París o Bolonia donde, sin embargo, los estudiantes se reconocían y agrupaban por procedencias regionales o "naciones" más o menos perfiladas. Pero, en la baja edad media, muchas universidades contribuyeron a la consolidación de identidades regionales de diverso tamaño. De reino, por ejemplo, Salamanca y Oxford ya en el XIII, Praga en el XV. De menor tamaño, muchas otras de las ochenta que había a finales del siglo XV.

Estas explicaciones serían más completas si se tuviera en cuenta lo que sucedió durante los siglos medievales en el ámbito territorial y de influencia del

Imperio de Constantinopla, al menos en lo que fue uno de sus componentes territoriales básicos, el más duradero, el de los Balcanes y el antiguo *limes* danubiano de época romana. Y, más ampliamente, la cristianización de diversos pueblos en el ámbito de la Iglesia ortodoxa y la integración cultural de los eslavos del S. y búlgaros, y poco después de la Rusia de Kiev, desde el último tercio del siglo IX hasta comienzos del XI: he aquí uno de los hechos capitales de la historia común europea, cuya continuidad ocurrió pese a la decadencia de Constantinopla porque su legado religioso y cultural sobrevivió y se expandió en la Europa balcánica y oriental. Pero explicar adecuadamente este asunto requeriría al menos otra conferencia y, así, hay que dejarlo ahora para mejor ocasión.

\*\*\* \*\*

El análisis y explicación de las formas que tuvieron los procesos de integración y de regionalización en la Europa medieval, y su permanencia en tiempos posteriores, es complejo y variado, a tenor de las indicaciones hechas en las páginas anteriores. Como tema de reflexión es y será siempre de gran importancia, incluso apasionante. Cuando se aborde, conviene no dar excesiva primacía a un solo elemento ni ceñirse a explicaciones unilaterales. Afirmar, como hicieron grandes historiadores, que la Historia es siempre universal significa, en este caso, situar cada realidad particular en el contexto de otras similares a ella, y a todas en el de lo general; no olvidar que la realidad de la regionalización sólo cobra sentido en el marco de la integración.